

# Como en el porfiriato

## ROBERTO BRAVO

**H**acia el año 200 de nuestra era fijan arqueólogos el inicio de la cultura teotihuacana, que va a extenderse ampliamente y cuya influencia continuará hasta la llegada de los españoles. Teotihuacan, en el momento de máximo desarrollo fue quizá la ciudad más poblada del mundo, gracias a la agricultura intensiva que se practicaba en los valles centrales del altiplano y a los tributos que recibía de los pueblos sometidos a su hegemonía. Esa es la razón de que los valles centrales mantuvieran su importancia como eje político y económico de un territorio que en algunas épocas rebasó las fronteras actuales de México. Desde entonces, la población indígena se ha concentrado de manera notable en estas áreas que alcanzaron un importante nivel cultural antes de la invasión española. Sin embargo, la brutal devastación que sufrió la población indígena durante el siglo XVI, debido a enfermedades desconocidas, a guerras y a las brutales condiciones de trabajo impuestas por el conquistador se despoblaron sitios antes habitados. Durante el siglo XIX, la demanda de tierra y de mano de obra sujeta, alteraron nuevamente la distribución de la población indígena en casi todo el país.

Guillermo Bonfil Batalla (México profundo, p.55) al analizar la cultura indígena nos dice que en ella, la concepción del mundo, de la naturaleza y del hombre, hace que deban colocarse en el mismo plano de necesidad, actos de carácter aparentemente muy distinto, como por ejemplo, la selección adecuada de las semillas que se han de sembrar y una ceremonia propiciatoria para tener buen

cielo. Hay una actitud total del hombre ante la naturaleza, que es el punto de referencia común de sus conocimientos, sus habilidades, su trabajo, su forma específica de satisfacer la necesidad ineludible de obtener sustento; pero también está presente en la proyección de sus sueños, en su capacidad para imaginar y no sólo observar la naturaleza, en la voluntad de dialogar con ella, en sus temores y esperanzas ante fuerzas fuera del control humano. Esto no significa ausencia de sentido práctico, por el contrario, manifiesta objetivos destinados a la actividad productiva, las necesidades que deben satisfacerse. Las culturas indígenas tienden a la autosuficiencia. Esa tendencia se da a varios niveles: familia, barrio, comunidad y pueblo autosuficientes. La lógica de la autosuficiencia gobierna muchas acciones. Por eso es erróneo juzgar su agricultura en términos de valor teórico de la cosecha si, por ejemplo, en vez de la milpa diversificada (maíz, frijol, calabaza, chile, tubérculos, cereales, agaves, hortalizas y frutales) se sembrara únicamente girasol, algodón o jitomate, se haría vulnerable, dependiente ante el agotamiento del suelo, caídas súbitas de precios en el mercado, intermediarios voraces, dependencia tecnológica y crediticia, y tantas otras variables que han dado al traste con un sinnúmero de proyectos de modernización y desarrollo agrícola. ¿Qué ofrece en cambio la economía indígena orientada a la autosuficiencia? Ante todo una seguridad básica, un margen más amplio para subsistir, así sea sólo con lo indispensable, aún en años difíciles. De la misma manera que en México, esto sucede en otros contextos de nuestro continente y el mundo.

En su libro Bonfil Batalla (Op. Cit.) muestra que el México que llama profundo, portador del milenario proceso civilizatorio mesoamericano no sólo está presente en los pueblos que mantienen su identidad propia y afirman su diferencia, sino también en amplios sectores mayoritarios de la sociedad mexicana que no se reconocen así mismos como indios, pero que organizan su vida colectiva a partir de una matriz cultural de origen mesoamericano.

En el sentido planteado con anterioridad, en el México actual conviven diversas culturas y cada una de ellas define los recursos naturales que aprovecha, la forma en que los obtiene y los transforma, y el destino y significado que les otorga. Hoy estamos frente a dos tipos de civilizaciones que entienden la realidad de manera distinta: la mesoamericana y la occidental. Tal diversidad no es en sí misma un obstáculo, por el contrario, se ha complementado y ofrecido una salida viable a la crisis económica que vive el país desde hace más de cuatro administraciones presidenciales. Es importante establecer este parámetro cultural para introducirnos a analizar el comportamiento de la economía informal en el período de crisis que vive el país.

Durante la gran depresión, en 1930 se puede decir que el sector rural constituía el mayor grupo de población del país: el 66.5% vivía en comunidades de menos de 2 500 habitantes, y en términos de fuerza de trabajo el sector agrícola (tanto moderno como tradicional) absorbía el 68.7 por ciento de la población de ese año. La característica principal de este grupo era no tener prácticamente ningún contacto con el resto de la economía, pues estaba confinado a la agricultura de subsistencia y a la producción de algunos otros bienes para autoconsumo. Otro sector, el grupo semirural, habitaba en comunidades de entre 2 500 y 15 000 personas y representaba, en 1930, el 16 por ciento de la población total de la nación. Este grupo se caracterizaba por ser un sector de transición donde la mayor parte de los individuos trabajaba actividades agrícolas ya semicomerciales y adquirían en el mercado otros bienes elaborados domésticamente o provenientes del sector industrial moderno. Además, este grupo proveía algunos

servicios, especialmente los relacionados con el comercio y las comunicaciones.

En la actualidad, México está viviendo momentos críticos que han empobrecido a la mayor parte de la población; llama la atención una nueva clase de pobres, ya no necesitados por la sociedad, generalmente, como hemos mencionado antes, compuesta por los descendientes de las minorías étnicas, semiintegrados en una sociedad indiferente y condenados a sobrevivir. Según Naciones Unidas componen un grueso de un billón doscientos millones de personas distribuidos en Asia, América Latina y África.

Estos que ahora llaman nuevos pobres recurren para vivir a un sinnúmero de actividades no registradas y por ende no formales (economía informal), no reconocidas ni fiscalizadas y por lo tanto no adaptadas a los modelos macroeconómicos. En América latina forman parte del 40, 50 y hasta del 60 por ciento de la población económicamente activa y se hallan en empresas familiares, talleres de manufactura de zapatos, negocios de artesanos, carpinteros, tejedores, micro industrias de construcción popular, tiendas caseras, talleres domésticos, negocios de reparación y soldadura. Son en mayor número mujeres, más menores que adultas, más niños que menores, más migrantes que nacidos en la gran ciudad y más gente de color que blanca.

El México de hoy, vinculado con una zona de libre comercio en América del Norte, muestra su incapacidad para ser independiente y autónomo. Sus posibilidades de absorber grandes contingentes de migrantes y jóvenes proletarizados son muy escasas. Después de un período de relativa utilización intensiva de trabajo, en particular en la industria tradicional, las tendencias de las dos últimas décadas han manifestado opciones decididas a favor de la modernización tecnológica y de la utilización intensiva de capital.

En este contexto ¿qué significado tiene la pequeña producción en el contexto de los países pobres cuyos niveles de crecimiento económico van a la zaga de su expansión urbana? ¿es la pequeña producción, bajo cualesquier

ra de sus formas, una alternativa real para combatir la pobreza?; ¿qué impacto han tenido sobre los pequeños productores industriales la crisis económica que se agudizó a principios de los ochenta?; ¿qué implicaciones tiene para el mundo de las industrias, a muy pequeña escala, la participación de nuestro país en la zona de libre comercio de América del Norte?; ¿qué consecuencias políticas se desprenden de este modo de industrialización?, y finalmente, ¿cómo participan la micro y la pequeña industria en el campo de la cultura, de la creación de valores, signos y símbolos? En pocas palabras, ¿cómo interactúa el México Profundo que denomina Bonfil Batalla en esta realidad “formal”, moderna, que se ha impuesto como proyecto nacional?

No es una coincidencia fortuita el que estas pequeñas unidades de producción se localizan principalmente en la ciudad de México y sus alrededores, donde se encuentra casi un tercio del total de la población nacional; en el centro y occidente, donde históricamente ha habido grandes



Luis Argudín

oleadas de migrantes hacia Estados Unidos, como Jalisco y Guanajuato; en algunos estados que han sido núcleos de antigua implantación fabril, como Nuevo León (Monterrey) y Puebla, o los fronterizos del norte, de reciente industrialización, como Coahuila, Baja California, Chihuahua o Tamaulipas. Estas micro industrias son flexibles en gran diversidad de medios, crean escasa dependencia tecnológica. Por su orientación al mercado popular ofrecen satisfactores básicos a precios bajos, y sobre todo, por la capacidad que tienen de generar ocupación a la población rural, en su propio medio, o en las ciudades.

A partir de 1987 que en México se frenaron los precios y los salarios, y ocurrieron reestructuraciones en varias ramas industriales, se amplió el sector informal e hizo aumentar la población urbana ocupada en él de 24.2 por ciento a 33 por ciento superado en América Latina únicamente por Colombia.

El futuro de estos pequeños productores depende, fundamentalmente, del mercado interno, y por lo tanto, de cómo evolucione el poder adquisitivo de la sociedad mexicana. Sin embargo somos optimistas respecto a su supervivencia porque se han convertido en una especie de “zona de refugio” de ese México Profundo que conceptualiza de inmejorable manera Guillermo Bonfil Batalla en su libro (Íbidem).

De igual manera que durante la imposición colonial y el porfiriato, México ha llegado nuevamente, por el momento, a un modelo dualista de la sociedad que la divide en pobres y ricos, en los informales y en el sector moderno. Hay que cerrar la brecha actual entre los sectores modernos e informal con una mínima legislación social, válida para los ricos y para los pobres, un mínimo sistema de seguridad social que se aplique en cada empresa, esté registrada formalmente o no. Sería un buen propósito para la legislatura que inicia en este septiembre, mes de la patria. ■

FUENTES:

Bonfil Batalla, Guillermo: México Profundo; Una civilización negada, Edit. Grijalbo, México, 1987, 250pp.

Enrique Cárdenas: La industrialización mexicana durante la Gran Depresión, El Colegio de México/Centro de Estudios Económicos, México, 1995, 282 pp.